

Entrega total al amor.

Helen Paiva

La entrega ocurre cuando la resistencia ya no es posible. Pero la entrega es deliberada; es diferente de la redención. Rendirse tiene más que ver con desistir, mientras que entregarse tiene más que ver con elegir.

Es propio de la naturaleza humana intentar triunfar mediante el propio esfuerzo, creyendo en las propias habilidades y capacidades o en sus dones y talentos como si fueran méritos propios. Y a menudo la búsqueda de Dios se confunde con la búsqueda de la perfección.

Pero la búsqueda de la perfección es el gran enemigo de la santidad. Buscamos ascender por los peldaños de la perfección creyendo que la santidad se alcanza en la medida en que evitamos errores e imperfecciones y fortalecemos nuestras mejores intenciones de amar, hacer el bien y no volver a errar. El deseo de desarrollar todas las virtudes que creemos propias de los "santos" y "perfectos" nos conduce paradójicamente más a una clausura del yo que a la verdadera experiencia de ser amados y auténticos. Consideramos la perfección como un ideal de vida; la meta a alcanzar que finalmente nos permitirá ser felices y amados. Es como alcanzar la cima de una escalera que subimos con esfuerzo, paso a paso, combatiendo vicios y conquistando virtudes mediante una búsqueda agotadora.

Usamos todas nuestras fuerzas en constante vigilancia sobre nuestras tendencias e imperfecciones. Lamentamos amargamente las constantes caídas en los mismos errores y nuestra incapacidad para perdonar y amar, para ser misericordiosos como quienes buscan a Dios deberían ser. Pero ¿cómo podremos perdonar y amar? ¿Ser misericordiosos y compasivos si no experimentamos verdaderamente el amor y el perdón por nosotros mismos?

Si me quedo mirándome en un espejo, mi horizonte solo será mi propia imagen.

La entrega al amor ocurre al enfrentarnos a la realidad de nuestra impotencia, fragilidades e incapacidades. No proviene de nuestra fuerza de voluntad para ser mejores y transformarnos en seres "perfectos". Desafortunadamente, nuestro vínculo con el estilo de vida "pecaminoso" es demasiado fuerte como para romperlo solo con la fuerza de voluntad.

La entrega al amor ocurre en el vacío de nuestra impotencia. En la experiencia de vulnerabilidad, de fracaso ante la marca del pecado que llevamos, de la inutilidad de nuestros esfuerzos, de nuestra naturaleza fugaz y finita. Admitir todo esto es lo que nos permite experimentar el verdadero amor.

La transformación personal solo puede llegar, y el amor solo puede sanarme, mediante esta entrega en y a través de mi vulnerabilidad. Mientras me esfuerzo por dar lo mejor de mí y me concentro en complacer a los demás e incluso a Dios, no logro la experiencia del amor incondicional y llevo la ilusión de que el amor recibido se debe a los méritos de mi esfuerzo.

Entregarse es diferente a rendirse porque me rindo cuando ya no puedo luchar. Me doy por vencido. Pero la entrega trae nueva esperanza. Es voluntaria, pero no voluntariosa. Es humilde, pero no humillada.

La entrega ocurre cuando acepto quién soy realmente y me atrevo a mostrar mi verdadero ser. Es desde este lugar que tengo la oportunidad de recibir amor, en este estado indefenso y auténtico. Es allí donde hago posible que Dios me alcance. Y este encuentro es el único capaz de transformar verdaderamente mi comportamiento. Es mucho más que simplemente intentar evitar el "pecado" para merecer amor. La verdadera conversión no consiste en dejar de pecar, sino en reconocer que soy pecador. Es la experiencia de sentirme pecador amado lo que me impide seguir actuando como antes. Es la experiencia de ser amado incondicionalmente lo que me hace preferir la voluntad de Dios a la mía.

Sin el abrazo a mi vulnerabilidad, jamás habrá una verdadera experiencia de ser amado. Todo no será más que esfuerzo y determinación obstinada.